

LA SALA DOMÉSTICA EN SANTAFÉ DE BOGOTÁ, SIGLO XIX
EL DECORADO DE LA SALA ROMÁNTICA:
GUSTO EUROPEO Y ESNOBISMO

Patricia Lara Betancourt
Magíster en Historia
Universidad Nacional de Colombia

Siguendo las tendencias europeas, los muebles, objetos, adornos y disposición de la sala doméstica de la élite social¹ en Santafé de Bogotá cambiaron de modo constante desde fines del siglo XVIII y a todo lo largo del siglo XIX. El cambio fue tan continuo que cada generación se pronunció acerca de aquellas cosas y costumbres que le precedieron considerándolas parte de un mundo desaparecido. El moblaje de la sala se transformó desde el abandono del estrado a fines del siglo XVIII hasta el establecimiento del salón burgués en las últimas décadas del siglo XIX. En el presente artículo abordaremos una etapa intermedia, la sala que hemos llamado *romántica* y que se configuró a partir de mediados del siglo XIX.

Los cambios que vivió el país durante la era de gobierno liberal —entre 1850 y 1885— afectaron sus distintos órdenes y en conjunto pusieron fin a las trabas coloniales para el desarrollo político y económico. Dichos cambios provocaron entre las personas una actitud ambigua. Por una parte acogieron las transformaciones con orgullo, entendiéndolas como la llegada del tan anhelado progreso. Pero por otra parte la gente resintió el trastorno en sus costumbres y en la conformación del propio grupo social. Muchos se debatieron entonces entre la nostalgia por un mundo que se perdía y el afán de desarrollo.

¹ En el presente trabajo utilizamos el término *élite* para designar y referirnos al grupo que constituía la élite social.

Esta ambigüedad frente a los cambios se reflejó especialmente en aquellos escritos que se conocen con el nombre de literatura costumbrista. En ésta se denuncia por ejemplo el esfuerzo esnob de los bogotanos por asimilarse a cualquier precio las costumbres europeas consideradas como el paradigma de civilización y buen vivir. La sala es ejemplo eximio de ello.

Un nuevo gusto

Un destacado escritor de costumbres, José Caicedo Rojas (1827-1897), describió en 1846 un baile en casa de una familia de “medio tono”, es decir, aquella que no pertenecía a la élite social. A partir de sus críticos comentarios podemos conjeturar lo que se consideraba buen o mal gusto. Para empezar, Caicedo señaló que la estera estaba vieja y remendada, y que los muebles (nacionales) representaban todas las épocas desde el siglo XVII hasta el año 1846: “Había cinco canapés o sofás, de los cuales sólo dos eran iguales, fabricados por el maestro Garay en 1832; los demás, eran de distintas figuras, tamaños, colores y maderas”; también se refirió a “cuatro silleas de paja desvencijadas, cinco forradas en damasco azul de lana y barnizadas de negro, y seis de guadamacil”. En la sala había además un ropero de pino —como mueble de lujo— y una cómoda, los cuales fueron retirados junto con el cajón del Niño Dios para dar espacio al baile. Las paredes no tenían colgadura de papel sino “un friso pintado con brocha gorda, haciendo unas guirnalda y flores que mostraban la risueña imaginación del pintor”. El autor también criticó las bombas de vidrio —desiguales— y un par de guardabrisas que colgaba de las vigas del techo. Por último, censuró el hecho de que desde la sala pudieran verse los muebles de la alcoba.²

De esta manera Caicedo se muestra implacable con la sala empobrecida que caracterizó el periodo 1820-1845. Si las personas antes se mostraban tolerantes por la situación generalizada de estrechez, a partir de este momento ellos se empieza a considerar inadmisibles, por lo menos por algunos miembros de la élite.

Con base en las críticas del autor elaboramos el decálogo de la sala: debía tener alfombra y papel colgado; los muebles debían estar acordes en diseño, tamaño, tipo de madera y forros, es decir, en estilo; debían estar a la moda —dictada siempre por Europa— y por lo mismo debían ser importados; no debían disfrazar

² José Caicedo Rojas, “El Duende en un baile”, en AA.VV. *Museo de cuadros de costumbres*, Bogotá, Banco Popular, 1973. pp. 347-362. La palabra *duende* hace referencia al nombre del periódico en el que originalmente se publicó el artículo.

la madera barnizándola; la sala no debía exhibir muebles en mal estado, asientos de guadamacil ni enseres que —como el ropero y la cómoda— no correspondieran al lugar; desde la sala no debía verse el interior de la alcoba; el salón debía exhibir cielo raso del que debía colgar una sola lámpara (y no bombas de vidrio). Como queja general el autor manifestó: “Todo en mi país se hace al revés {...} los trastos que debían estar en la despensa y comedor están en la sala de recibo; lo mismo los que debieran estar en la iglesia u oratorio. ¡Un santo Cristo en baile es la anomalía más atroz!”³ Aquí se refirió a la costumbre de adornar la sala con copas, platos e imágenes religiosas.

El propósito de Caicedo al publicar su artículo en el periódico *El Duende* no podía ser el de ofender a la clase de ‘medio tono’ con sus ironías y críticas, pues lo más seguro era que la mayoría de personas de la clase media no leyera el periódico. Su objetivo era entonces criticar —aunque indirectamente— al grupo social de élite por su falta de gusto en el arreglo y decoración de sus salas. Sus críticas son un llamado urgente a que las personas de su misma clase social adopten el paradigma decorativo europeo. Pero todavía en 1847 la limitación de recursos económicos de una mayoría de familias impedía que el nuevo gusto estético se convirtiera en norma.

El escritor José María Vergara y Vergara (1831-1872), en el artículo de costumbres “Las tres tazas”, también realizó una crítica del moblaje de la sala, aunque en un sentido diferente a la de Caicedo Rojas. Las tres tazas —de chocolate, café y té— representaban cada una un momento en la historia de las costumbres sociales de los bogotanos. La segunda taza, la de café, se tomó en 1848 en una casa cuya sala era “de una sencillez patriarcal”:

Sobre la blanca cal de las paredes (que el papel no era de lo más común en esa época) había láminas que *nada tenían de homogéneas*: eran San José al óleo, obra de Figueroa; un cuadro que representaba la muerte de Napoleón y dos láminas en cristal: la una figuraba a Cleopatra escondiéndose en el seno un lagarto y la otra a Matilde cerrándose un ojo con un dedo para indicar que lloraba a Malek Adel⁴ {...} Los canapés forrados en zaraza, los taburetes de vaqueta, las mesas pintadas de mala mano, *todo indicaba una medianía* de esas que se llaman con el adjetivo decentes. *Para mí no hay ni puede haber medianía que no sea indecorosa.*⁵

Al igual que Caicedo, para Vergara la sencillez, austeridad, pobreza o medianía en el moblaje de una casa se había vuelto inexcusable. El autor

³ *Ídem.*, p. 355.

⁴ Malek Adel: personaje literario.

⁵ Vergara, “Las tres tazas”, en AA.VV. *Cuadros...* Carvajal, p. 81. Cursiva nuestra.

criticaba además la actitud pretenciosa del anfitrión. Juan de las Viñas había convidado a sus amigos a tomar una taza de café sólo porque constituía la bebida de moda. Lo más grave era que había gastado en ello una fortuna que no correspondía a sus medios de vida. Vergara condena en Viñas su afán de aparentar lo que no tiene y lo que no es. Son sobre todo los muebles de sala y comedor los que le denuncian. El sentido de su censura apunta entonces al esnobismo.

Es evidente que una parte importante de la élite, si antes se vio obligada a reprimirse, ha vislumbrado la posibilidad de acceder a las nuevas comodidades y costumbres de las naciones tenidas por civilizadas, Francia, Inglaterra, Estados Unidos. La Nueva Granada empieza a salir de su postración económica y ello coincide con un incremento en la actividad comercial exterior. Junto con los textiles y otros productos utilitarios llegan también los vestidos elegantes y los muebles de estilo, todo a la última moda. Sin embargo, en vísperas de la década del cincuenta, las salas modestas son todavía mayoría.

Una sala como la que criticó Vergara fue la que encontró el estadounidense Isaac Holton en la casa en que residió en Bogotá entre los años 1852 y 1854. El viajero no dejó testimonio de las salas de las familias más pudientes, a excepción de la del presidente, que no pareció impresionarle: “En distintas ocasiones estuve en palacio en seis u ocho salas diferentes, la mayoría alfombradas y amobladas cómodamente, pero sin lujo. Todas se veían bien en la casa de un hombre medianamente rico. Las recepciones en palacio son modestas y acordes con la sencillez republicana”. Más adelante especificó que sólo un puñado de gente tenía los medios suficientes para vivir bien.⁶

En su novela *El doctor Temis* (1850), el escritor José María Ángel Gaitán (1819-1851) describió el interior de una vivienda bogotana:

El salón era espacioso y claro, aunque la luz estaba un poco moderada por las cortinas de los balcones. No había alfombra, pero se veía la estera tan limpia que inspiraba el instinto del aseo; las paredes estaban cubiertas con un empapelado que imprimía al salón un aspecto muy solemne, pero no triste; la extensión de la pieza daba cabida a gran número de sofás, y sobre las mesas se veían, en ordenada variedad, muchos objetos de diferentes clases, muy bellos y curiosos {...} adornaban además el salón varias láminas en que se representaban con maestría los sucesos de la guerra de Troya.

En esta casa no había lujo, *por lo menos no aquel lujo exagerado.*⁷

⁶ Isaac Holton, *La Nueva Granada: Veinte meses en los Andes*, Bogotá, Banco de la República, 1981. pp. 145, 178, 180.

⁷ José María Ángel Gaitán, *El doctor Temis*, 2 Tomos, Bogotá, Camacho Roldán y Tamayo, 1897. pp. 125-126. *Cursiva nuestra.*

En opinión del autor, se trataba de un salón de buen gusto. Su aclaración de que no se veía un lujo exagerado hace referencia implícita a otras salas bogotanas en que sí lo había.

En 1853 el diplomático brasileño Miguel María Lisboa encontró un lujo extraordinario en las casas de los ricos bogotanos. Le impresionó sobre todo el modo de transporte de los muebles, cuadros, tapetes y espejos —desde Honda a Bogotá— a lomo de hombre. También le sorprendió encontrar en dichas casas pianos venidos de Francia e Inglaterra a un altísimo costo de transporte de doscientos cincuenta pesos. Acerca de las pinturas, dijo que había profusión de ellas “siendo rara la persona acomodada cuya sala no esté adornada con cuadros de Vázquez o de los indios de Quito”.⁸ Lisboa nos permite constatar que el número de personas acaudaladas había aumentado en la última década, pero estas salas de los ricos, repetimos, seguían siendo, dentro de la élite, la excepción y no la norma.

El lujo o el afán de aparentar

En sus numerosos artículos de costumbres⁹ Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos, 1823-1894) describió las salas de las viviendas antioqueñas —de 1855 a 1861. En un baile en Medellín (1855), Kastos reparó en los “bellos salones alfombrados, perfectamente iluminados y con ricos muebles”.¹⁰ El autor deja entrever cierto orgullo al referirse a los atractivos de los salones modernos pero así mismo les reprochó su lujo y vanidad.

En “Bogotá después de unos años de ausencia” (1858) Kastos se mostró sorprendido por los efectos del lujo en la ciudad:

Para los ricos el lujo es casi un deber; pero cuando de una sociedad se apodera el vértigo de las imitaciones ruinosas y de los plagios insensatos, cuando los pobres quieren al par de los ricos mantener sus hijas vestidas de seda, tener muebles de rosa, dar convites y beber champaña {...}

Hasta los pretendientes más osados {frente al matrimonio} tiemblan ante esa costosa perspectiva de alfombras, de muebles extranjeros, de convites, de té,

⁸ Miguel María Lisboa, “Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador”, en Mario Germán Romero, *Bogotá en los viajeros...* pp. 146-147.

⁹ La mayoría escritos en la década del 50.

¹⁰ Emiro Kastos, (Juan de Dios Restrepo), “Un baile en Medellín”, en Emiro Kastos, *Artículos escogidos*, Bogotá, Banco Popular, 1972. pp. 205-206 (p. 205).

de gasas, de diamantes, de sedas y de crinolinas. Parece que las gentes no pueden ya quererse bien sino pisando alfombras y descansando sobre muebles suntuosos.¹¹

Recordemos las críticas que hacía José María Vergara a la sala del señor Viñas en 1848. Aunque Vergara no se refería al lujo, criticaba duramente el afán de aparentar de quienes querían exhibir riqueza sin tenerla. En opinión de Kastos, para 1858 el fenómeno del lujo y las apariencias estaba generalizado; y a pesar de las críticas, pronto se convirtió en el patrón de conducta. Se expresó sobre todo en la casa; en los muebles, objetos y adornos de la sala; en las recepciones; y en los vestidos.

El lujo en la sala, aunque expresión de una actitud esnobista, también estaba relacionado con un aumento en el bienestar económico de un sector importante de la capital. El caudal promedio en los inventarios entre 1820 y 1846 era de \$40,047.46. Esta cifra resultó casi duplicada entre 1854 y 1882 (\$75,292.67). El valor de la sala, por su parte, pasó de un promedio de \$331.93 en el primer periodo mencionado, a \$1,076.5 en el segundo periodo, mostrando un aumento de 3.24 veces.

Llama la atención que los autores Vergara y Kastos criticaran precisamente el lujo de quienes no tenían medios económicos suficientes para exhibirlo. No criticaban el lujo en sí sino la pretensión de quienes sin tener posición social ni riqueza querían acceder a él. El reproche de parte de los autores iba dirigido contra el ascenso social. Y ese era justamente el atractivo que encerraban los nuevos muebles y objetos de la sala para sus poseedores: la posibilidad de pelear, obtener y mantener una mejor posición en la escala social.

Un reproche más explícito lo expresó el escritor José Manuel Marroquín (1828-1908) en una serie de artículos escritos en 1879 bajo el título de *El lujo*:

No entiendo por lujo el uso de objetos exquisitos y de gran precio. Lujo que en eso consista no existe entre nosotros, o no existe sino entre un número de individuos demasiado reducido para que sus efectos puedan hacerse sensibles. *El lujo de que trato, el que, como gangrena, corroe y devora nuestra sociedad, es el que consiste en que cada uno pretende colocarse o mantenerse en una categoría social que supone recursos superiores a los que posee.*¹²

En su artículo “Las bodas de Camacho” el autor abordó el tema de los gastos en los que incurrían las personas al casarse. Censuró duramente a

¹¹ Kastos, “Bogotá después de unos años de ausencia”, en Kastos, *Artículos ...* pp. 282-288 (p. 287).

¹² José Manuel Marroquín, “El lujo: I. Discurso pronunciado en la sesión solemne de la Sociedad de San Vicente de Paúl en 1879”, en José Manuel Marroquín, *Artículos literarios*, Tomo I, Bogotá, Librería Santa Fé, 1920, pp. 3-12 (p. 5). *Cursiva nuestra.*